

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/324454287>

"Médicos animales y maricas": higienismo social y Revolución en "El nido de la serpiente", de Pedro Juan Gutiérrez

Conference Paper · April 2018

CITATIONS

0

READS

169

1 author:



[Alejandro Del Vecchio](#)

Universidad Nacional de Mar del Plata

7 PUBLICATIONS 3 CITATIONS

SEE PROFILE

“Médicos animales y maricas”: higienismo social y Revolución en
***El nido de la serpiente*, de Pedro Juan Gutiérrez¹**

Y cuando llegue al final de la jornada
la sanitaria operación contra el tirano
Ernesto Guevara,
Canto a Fidel

“¿Podía terminar bien algo que comenzara con semejante poema?”, se pregunta socarrón Duanel Díaz. Y luego afirma: “Parece como si todo el horror de la Revolución Cubana estuviera contenido en esas anáforas, hiperbatones y metáforas escolares” (25). Más allá de la ironía hiperbólica del ensayista cubano, el término “sanitaria operación”, en la pluma de un médico como Guevara, surge como huella de la voz, acaso no controlada, del higienismo social que signó los discursos en los albores de la Revolución. Si bien inicialmente el objetivo de dicha operación era el “tirano” Batista, los discursos higienistas proliferaron para impulsar el concepto de “moral comunista”, que derivó, entre muchas otras cosas, como sostiene Ernesto Castellanos, en una depuración que incluyó a estudiantes y profesores “insensibles a la ideología socialista, pero también a todos cuya virilidad y fortaleza física resultaran dudosas” (Castellanos).

En este contexto, me interesa leer *El nido de la serpiente*, novela del cubano Pedro Juan Gutiérrez, publicada en 2009, en diálogo con un discurso político de Fidel Castro (contemporáneo de los hechos narrados), cuyas derivaciones ideológicas, interpretaciones, ecos y contaminaciones son incalculables. En esta novela resuenan ecos de una polémica oculta, de un diálogo implícito con las voces portadoras del discurso de la Revolución Cubana. De allí que diversos significantes clave desborden su sentido primigenio para enlazar pasajes distanciados en el tiempo de la escritura. Desde esta perspectiva, la obsesión por el “autobiografismo sucio” de Gutiérrez puede indagarse también como réplica a la impronta higienista de comienzos de los años sesenta en Cuba, es decir, como micropoética o micropolítica que traza grietas en una visión monocorde y hegemónica de la realidad social.

El 13 de marzo de 1963, Castro pronuncia un discurso en las escalinatas de la Universidad de La Habana para la clausura del acto que conmemora el sexto aniversario del Asalto al Palacio Presidencial. El dispositivo de enunciación configurado por Fidel articula un colectivo de identificación (“Nosotros, los revolucionarios”) que cancela toda distancia entre el enunciador y sus destinatarios privilegiados, los estudiantes. Caracteriza un sujeto que, a diferencia de los personajes que circulan por los textos de Pedro Juan Gutiérrez –anclados en el minuto presente y sin “nada que

¹ Hago referencia al extraordinario ensayo “médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina”, de Jorge Salessi (Rosario: Beatriz Viterbo, 1995).

hacer”–, proyecta su praxis vital hacia el futuro (“Nosotros, los revolucionarios, siempre pensamos en el mañana”).

Fidel examina en su alocución la Cuba de Batista y entrelaza el diagnóstico resultante con un componente prescriptivo, orientado a señalar la necesidad impostergable de batallar contra los vicios heredados de ese pasado: “no se forjan aquí ya parásitos para la sociedad, sino trabajadores” (Castro Ruz 1963). En esta proposición, los ecos del léxico higienista comienzan a resonar. La nominalización de este “parasitismo social” desdibuja la frontera entre lo humano e inhumano, los bordes entre la norma y la anomalía. El sujeto contrarrevolucionario surgirá entonces pensado como un mal residual que amenaza, por su poder de propagación y contagio, la integridad del nuevo cuerpo social.

Aunque en esta operación discursiva de construcción de la otredad, el delincuente común es un producto heredado de esa sociedad capitalista abolida, Castro exhorta a los jóvenes revolucionarios a desplegar una suerte de profilaxis social para eliminar los “focos infecciosos de delincuencia y de vagancia”:

[...] no podemos dejar de tomar medidas drásticas, porque de otra manera quedaría la sociedad expuesta al libre albedrío de estos elementos antisociales. Y hay que combatirlo como se combate una enfermedad, como se combate una plaga, como se combate una epidemia.

(Este fragmento del discurso aparece sugestivamente parodiado por Gutiérrez en *El nido de la serpiente*. Dice el oficial de policía que allana el bar: “Compañeros, esto no puede seguir porque nos van a obligar a tomar medidas más fuertes [...] Esta batalla contra el vicio y la corrupción y las lacras del pasado la vamos a ganar, compañeros. Aquí el que no trabaja no come” [25]).

Más adelante Fidel continúa:

Claro, por ahí anda un espécimen, otro subproducto que nosotros debemos de combatir. Es ese joven que tiene 16, 17, 15 años, y ni estudia, ni trabaja; entonces, andan de lumpen, en esquinas, en bares, van a algunos teatros, y se toman algunas libertades y realizan algunos libertinajes.

Los fragmentos citados, como sugerí antes, son prescriptivos. Conjurar el peligro implica disciplinar el cuerpo social mediante la instauración de dispositivos de control estatal. El impulso higienista pretendía delimitar categorías identitarias para formar al nuevo sujeto revolucionario. Combatir las “enfermedades morales” que amenazan la Revolución suponía conducir la vida de estos sujetos hacia el mundo del trabajo.

Como se sabe, en los primeros años de la década del sesenta (referente temporal de la novela de Gutiérrez), se instaura el espacio de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), “institución” que, camuflada bajo otro eufemismo, se destinaba a la “reeducación” de vagos, chulos,

religiosos y maricones (es decir, la “lacra social”). Precisamente el “tema” de la homosexualidad es otra preocupación de Fidel:

Muchos de esos pepillos vagos, hijos de burgueses, andan por ahí con unos pantaloncitos demasiado estrechos; algunos de ellos con una guitarrita en actitudes “elvispreslianas”, y que han llevado su libertinaje a extremos de querer ir a algunos sitios de concurrencia pública a organizar sus shows feminoideos por la libre.

Como puede apreciarse, la continuidad del discurso de 1963 aparece tramada por pasajes que definen y condensan “degeneraciones”, “conductas impropias” y “diversionismo ideológico”. De allí surge que, como efecto de una pulsión de ordenamiento taxonómico, el lumpencito, el vago, el elvispresliano, el “pitusa”, en tanto subproductos de “género dudoso” que la “limpieza” territorial debe eliminar (o, al menos, invisibilizar), parezcan constituir, en dicha producción discursiva, una misma “familia biológica”. (“Era mal visto tener brújulas, hablar inglés y escuchar a los Beatles. Desviación ideológica. Tampoco se podía andar pelú y con los pantalones apretados. Eso era cosa de maricones. Y ser maricón también era desviación ideológica” (36), dice “Pedro Juan” en la novela).

En este movimiento oscilante de fragmentación y condensación, Castro equiparaba diversas formas de la “otredad” para señalar conductas antisociales que son objeto de observación por parte de funcionarios del Estado, cuya impronta médico-legal resulta ostensible. Los términos que definen la moral del joven comunista eran estudio, trabajo y fusil. Pero frente a este ideal de una juventud fuerte, entusiasta, enérgica, optimista, que lucha por un porvenir, Gutiérrez opone en sus relatos un desfile estereotipado de sujetos asimilables a las “lacras” referidas por Fidel. “Lacra social”, “lacras del pasado” son las “palabras de moda”, dice el personaje de “Pedro Juan”. La fórmula sugiere el fenómeno de irradiación que propicia cada manifestación de las voces oficiales del gobierno revolucionario: el higienismo también prolifera sin control, inscribe redes de asociación en discursos que circulan socialmente en textos de géneros y formatos diversos.

Por esos años, en el escenario de construcción del socialismo, Ernesto Guevara pensaba al individuo como “hombre nuevo que va naciendo” a la luz del aparato educativo del Estado y cuya “imagen no está todavía acabada” (Guevara:8). Este “Hombre Nuevo” del Che debía postergar la vivencia del momento en función de su lucha política, ya que los placeres sensoriales resultaban secundarios frente a la revolución social; Gutiérrez, en cambio, clona en sus páginas un *hombreanimal* movido por la inclinación hacia sus necesidades físicas inmediatas: en lugar del “Hombre Nuevo” adviene un “hombre sucio” sarnoso, adicto al ron y al sexo.

Pero lejos de Lezama Lima y lejos de un “contrapunteo de la frutabomba y el plátano” (según la insinuante formulación de René Prieto), Pedro Juan Gutiérrez evita cualquier retórica de la alusión, de la perífrasis y de la metáfora en torno a la sexualidad. La pulsión exhibicionista y las

intrusiones de lo privado en espacios públicos eluden todo misterio en favor de una configuración anatómica estridente, una exaltación procax del cuerpo que oblitera toda huella estética. El *Dirty Realism* o hiperrealismo de Pedro Juan Gutiérrez... Sí, pero sólo en tanto que (como dice Baudrillard), “el porno añade una dimensión al espacio del sexo, lo hace más real que lo real” (Baudrillard, 1981:32). Este código pornográfico impulsa una saturación hiperbólica que deriva en la repetición compulsiva. En este sentido, el personaje de “Pedro Juan” es el reverso del hombre como “sujeto de transformaciones” y objeto de sacrificio propuesto por la Revolución. (“El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio”, decía el “Che” (15). Para Guevara, el Hombre Nuevo, surgido sin el “pecado original” de un origen burgués, sería educado en el sacrificio y el heroísmo, remedando las gestas ciudadanas de los primeros años revolucionarios). Por eso la suciedad extrema (y acumulada como mantos geológicos), escribe la superficie corporal sobre las huellas del placer: “Estaba forrado con una capa de sudor, polvo, saliva, semen, grasa de los masajes” (64). (El higienismo revolucionario, objeto constante de irrisión, inspira la humorada: las ladillas de “Pedro Juan” son consideradas irónicamente por el narrador *enemigas* del “proletariado internacional”).

Los billares, esquinas y bares advienen, en el discurso de Fidel, como espacios urbanos aglutinantes del burgués, mariguanero, esbirro, ratero o vago. Manchas en su “radiografía de La Habana”. Esos focos de “enfermedad” eran entendidos, según formularía años después Foucault, como formas a la vez reales e imaginarias del desorden. Y la enfermedad se propaga cuando los cuerpos entran en contacto. En *El nido de la serpiente*, el punto inicial de la travesía es otro espacio estigmatizado: el barrio de las putas en Matanzas. Pero el itinerario trazado por “Pedro Juan” prefiere siempre la inconstancia del movimiento improvisado, del desvío y la detención. En este universo de Gutiérrez, donde impera una lógica de la contingencia, el desorden (figuración de lo inesperado, del temor a lo desconocido), y el individualismo, se propagan:

Siempre creí que era posible vivir con orden, equilibrio y medida. Todos me metían eso en la cabeza: escuela, padres, Iglesia, prensa. Patria, orden y libertad. [...] Después salí a la calle. Solo. Y esas ideas se descalbraron. Todo confuso. A mi alrededor sólo veía desorden y desequilibrio (57).

Conmoción del saber y escepticismo en torno al legado recibido, las enumeraciones de este fragmento condensan un rito de pasaje desde el orden hacia el caos. El movimiento y la fluctuación del espacio público de la calle –lugar donde las políticas de control y su desobediencia se tensionan– instaura una dinámica no lineal para sacudir todo dogma y toda idea de permanencia. Si “la moda era ser heroico y trascender” (140), para “Pedro Juan” se trata entonces de contraponer una estrategia nómada y una mirada distópica de la vida en sociedad: “[...] somos seres individuales. No creas jamás en ningún tipo de organización y de grupos. Ni siquiera en la familia.

Todo es mentira. Siempre hay alguien atrás para controlar a su favor” (74), le dice el personaje de Gustavo, el marinero, al protagonista.

El palacete de piedra, en Varadero, recorta una zona de exclusión suspendida temporalmente. Reservorio de poetas, lesbianas, artistas y músicos, bugarroncitos jóvenes, trovadores, borrachos y mariguaneros, putas y locos, este territorio fronterizo diseña una topología orbitada por la amenaza revolucionaria. Isla dentro de la isla, si el palacete evoca el ghetto y la opresión, a la vez cartografía un espacio de resistencia, metaforizado por la riqueza todavía intacta de sus bibliotecas. La enumeración anterior, acumulación excesiva e impertinente, remeda las de Fidel, pero invierte el sentido. En Gutiérrez, su heterogeneidad constitutiva y su flexión irónica desenmascaran la mirada totalizante y disipadora de fronteras, del discurso revolucionario. El punto de quiebre, el eje de la polarización, refracta siempre en la nominalización del malestar: “Ya no me dirán el Señor, con ese aire de reverencia. Me dirán «La maricona de la cafetería»” (188), dice Genovevo, el secretario travesti del propietario de la casa.

En cambio, el espacio controlado de los campos de caña de Camagüey, cuya evocación en la novela actualiza las condiciones de esclavitud del siglo XIX, evidencia fisuras. Allí, los efectos no deseados de la interdicción estatal pervierten la idea de educación socialista. Por esta causa, la zoofilia torna a los reclutas *anormales*. Relación de alianza entre especies divergentes (y de contagio, no por casualidad “Pedro Juan” tendrá sarna), este bestialismo recurrente provoca una simbiosis temporal que asimila al sujeto, desde su sexualidad polimorfa, al reino animal y a lo anómalo, es decir, a lo que está fuera de la “ley” revolucionaria.

En *El nido de la serpiente*, el discurso oficial se articula explícitamente desde los personajes de la trabajadora social que visita a Dinorah² y de Celia. (La voz mecanizada de la trabajadora de la “Escuela Básica de Instrucción Revolucionaria” resulta parodiada mediante la repetición compulsiva del apóstrofe *compañero*: “Compañerito, ¿tú eres el compañero de Dinorah? [...] Nosotros tenemos entendido que tú eres el compañero de acá la compañera [...] a la compañera hay que darle una oportunidad. [...] Ni siquiera habló con el compañero administrador. ¡Compañeros, hay que ganar conciencia en este proceso y dejar las lacras del pasado! [...] Yo soy de Lacta Social y trabajo esta zona. Tú eres un compañerito joven y puedes ayudar mucho a Dinorah” [27]). Simbólicamente, el desborde sexual incontenible de “Pedro Juan” resulta impotente frente a la virginidad de Celia, amenazante portadora del ideario revolucionario. Burócrata del estado y sinécdoque del control social, esta figura siniestra articula una tensión de campos de fuerza con “Pedro Juan”. Celia (figura de un gran cinismo, ya que comercia en bolsa negra) evidencia el poder de vigilancia y castigo del nuevo estado: “Tuve la impresión de que yo era una mosca y que no sabía de la existencia de las arañas y sus telas atrapamoscas” (101), dice la voz del protagonista.

Pero si se trata de un caos o laberinto kafkiano, como sostiene Genovevo, la línea de fuga y su condición de posibilidad residen en los libros: “Léelos y la vida te será más fácil, porque entenderás los mecanismos del poder” (183), recomienda el Señor del palacete, refiriéndose a “Mi lucha”, de Hitler y a “El príncipe”, de Maquiavelo. Otra puesta en abismo podría recomponerse: el espesor discursivo de *El nido de la serpiente*, ¿no expone precisamente los engranajes del poder para denunciar los efectos represivos de un neohigienismo fuera de control? La suciedad hiperbólica, las sexualidades polimorfas, el hiperrealismo de lo pornográfico y la consecuente animalización del sujeto definen una poética escrituraria cuya densidad pone en evidencia referentes ideológicos y simbólicos que, como afirma Melgar Bao, “sirvieron de vehículos para construir extendidas lógicas autoritarias de exclusión social y étnica” (Melgar Bao, 2004). Gutiérrez diseña, desde un contradiscurso paródico del dispositivo de enunciación revolucionario, espacios subalternos habitados por una nueva subjetividad animal, bajo una atmósfera kafkiana a la que acaso le convengan aquéllos adjetivos borgeanos: opresiva y lenta y plural.

Bibliografía

- Bajtín, Mijail (1991). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Baudrillard, Jean (1981). *De la seducción*. Madrid: Cátedra.
- Behar, Sonia (2009). *La caída del Hombre Nuevo: narrativa cubana del período especial*. New York: Peter Lang Publishing.
- Castellanos, Ernesto Juan (2008). *El diversionismo ideológico del rock, la moda y los enfermitos* [en línea]. En: Revista Criterios. Disponible en Web: <<http://www.criterios.es/pdf/9castellanosdiversionismo.pdf>>.
- Castro Ruz, Fidel (1963). “Discurso pronunciado en la clausura del acto para conmemorar el VI aniversario del asalto al palacio presidencial”. *Portal Cuba*. Disponible en WEB: <<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1963/esp/f130363e.html>>.
- Guevara, Ernesto (1979). *El socialismo y el hombre nuevo*. México: Siglo XXI.
- Gutiérrez, Pedro Juan (2009). *El nido de la serpiente. Memorias del hijo del heladero*. Barcelona: Anagrama.
- Melgar Bao, Ricardo (2004). “Lo sucio y lo bajo: entre la dominación y la resistencia cultural”. *Revista Envío*, (octubre de 2004), N° 271. Disponible en WEB: <<http://www.envio.org.ni/articulo/2571>>.